

LOS AÑOS AMARILLOS

LOS AÑOS AMARILLOS

Edición de Sergi Doria

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de la cubierta: Anuncio de la antigua Perfumería Parera, de Barcelona,
del perfume «Cocaína en Flor». Extraído de la revista *Lecturas*, abril de 1935

Primera edición: marzo de 2023

© Sergi Doria, 2023

© de los textos: herederos correspondientes, citados en agradecimientos

© de la presente edición: Edhasa, 2023

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright,
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-2762-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 3484-2023

Impreso en España

ÍNDICE

Instrucciones de uso (Prólogo)	11
--	----

AMBIENTES INQUIETANTES

LAS SEÑORAS CONTRABANDISTAS, Vicente Sánchez Ocaña	23
UN PUEBLO CUYOS HABITANTES TIENEN SEIS DEDOS, Luis G. de Linares	31
EL ESPECTÁCULO DE LAS PELEAS DE GALLOS EN MADRID, Juan de Gredos	39
LOS PARAÍDOS ARTIFICIALES EN MADRID, Luis G. de Linares	45
La «cocó»	45
La morfina	56
Un fumadero de opio...	69
EL MUNDO TRISTE Y PINTORESCO DE LAS «CASAS DE EMPEÑO», Irene Polo	81
EN BARCELONA SE COMPRA Y SE VENDE SANGRE HUMANA, Mario Aguilar	87
LA BUSCA, Ribas Montenegro.	93
ENTRE LOS APACHES DE MARSELLA, Ignacio Carral	97
Una ciudad de un millón de almas bajo la tiranía de la canalla	97
S. M. El dueño del bar	108
El barrio de las fieras	119
Marsella, encrucijada del mundo	130
La organización internacional del crimen	142
LA VIDA EN LA CÁRCEL DE MUJERES, Magda Donato.	155

Una noche en el infierno	155
Empieza el día	164
Comiendo el rancho	172
En clase y el encierro	178
La hora del correo ha sido dramática	185
¡Visita del señor director general!	193
En el patio	200
La que se marcha a Alcalá	208
EN BARCELONA HAY UN CAFÉ DE REVOLUCIONARIOS.	
¡Y LO LLAMAN «LA TRANQUILIDAD»!, Luis G. de Linares	219
HA LLEGADO A BARCELONA EL HOMBRE INVISIBLE DE WELLS,	
Ana María Martínez-Sagi	225

MEDIÁTICOS OLVIDADOS

EL DOCTOR ASUERO, José R. Ramos	237
Las famosas curas del doctor Asuero	237
Asuero dice que...	241
WOLLY, EL REY DEL HAMBRE	245
EL HOMBRE MÁS VIEJO DEL MUNDO,	
Fernando de la Milla	249
FINAL DE UN DRAMA, José del Río Sainz	255
EL ESCÁNDALO DEL «STRAPERLO»	261
La vida folletinesca y magnífica de Strauss en Barcelona, G. Sánchez-Boxa.	261
Strauss, gran señor con las damas y los poderosos; miserable con los humildes, Fernando de la Milla	270
TOMÁS MENÉS	275
Las profecías del vidente español Tomás Menés, Juan de Gredos	275
Profecías, Mario Alegría	279
El futuro político de Europa y de España..., José L. Barberán	283

Tomás Menés, el famoso vidente, augura una nueva guerra..., José L. Barberán	292
Tomás Menés, el famoso vidente baturro, hace algunas predicciones..., Mario Alegría	301
EL PROFESOR ARIS	307
El famoso profesor Aris anuncia... que van a ser dirigidos por las mujeres, Luis G. de Linares	307
Siva, la pantera domesticada por medio de la psicología experimental, Rafael Martínez de Gandía	315
Según el profesor Aris, en 1935..., Pedro Martín Puente	318
En 1936 estallará la guerra, F. Feliú	328

CALOR HUMANO

TERCER SEXO, Antonio G. de Linares	337
UN HIJO DE LA CALLE QUE ES DUEÑO DE UN STRADIVARIUS, Francisco Madrid	341
SACHA LYO SE MATA A LOS DIECISIETE AÑOS DE EDAD, Francisco Madrid	347

LA ÚLTIMA HISTORIA FELIZ DEL 36

EL TORO CIVILÓN, Javier Sánchez-Ocaña	355
El caso extraordinario del toro bravo Civilón	355
Civilón camina hacia la muerte	361
Lo salvaron las mujeres	367
Agradecimientos	371

INSTRUCCIONES DE USO (PRÓLOGO)

Por inverosímil que pueda parecer en algún caso, las historias reunidas en este libro sucedieron realmente... Y, con diferentes atavíos, o en los nuevos soportes y formatos de nuestra era digital, siguen aconteciendo hoy mismo. A primera vista podrían adscribirse al periodismo sensacionalista o «amarillo», pero son también cultura pop: arquetipos que han nutrido artes de masas como el folletín, el cine, el cómic, la literatura *pulp* y las series televisivas.

Hagamos un poco de historia. En *Los ingleses en su isla* (1948), el periodista Augusto Assía distinguía la prensa *highbrow* (cejas altas), representada por el *Times*, y la *lowbrow* (cejas bajas) de la prensa popular: *Daily Express*, *Daily Herald*, *Daily Mail* y *News Chronicle*. Entre la aristocracia y la masa, bullía la clase media del *Daily Telegraph*. Si el *Times* costaba tres peniques y las cabeceras más populares sólo uno, el *Daily Telegraph* se vendía a dos.

Con poco más de quinientos mil ejemplares, si sumamos al londinense *Times* el *Manchester Guardian* y el *Yorkshire Post*, los periódicos de «cejas altas» pautaban la política, mientras que los de «cejas bajas» vendían más de veinte millones diarios. Sus lectores, comentaba el corresponsal de *La Vanguardia*, integraban «una comunidad reducidísima, pero extendida por toda la faz de la Tierra, que leen los mismos periódicos, los mismos libros, tienen las mismas ideas —o, si ustedes prefieren, la misma ausencia de ellas—, realistas, inflexibles».

Los lectores de «cejas bajas», por su parte, suplían su condición subalterna en los grandes asuntos de Estado con el consuelo de lo extraordinario. A éstos se dirigieron a finales del XIX, y cada uno a

su manera, Josep Pulitzer o William R. Hearst con sus «historias de interés humano» rayanas a veces en el morbo (catástrofes, crímenes truculentos, historias románticas, ambientes pintorescos, personajes bizarros).

La denominación «prensa amarilla» nace de la tira cómica del *Yellow Kid* («El chico amarillo»), un personaje con aspecto de bebé y vestido con una bata donde aparecían las frases que en cómic son los «bocadillos». Su autor, el dibujante R. F. Outcault, inauguró aquellas viñetas en 1895 para el *New York World* de Pulitzer. Dos años después, en 1897, fichó para el *New York Journal* de Hearst.

La noticia no es que un perro muerda a un hombre, sino que un hombre muerda a un perro, reza el primer mandamiento del reporterismo. Hearst difundió masivamente su repertorio popular al lanzar en 1922 la revista *Reader's Digest*. A finales de aquella década, la prensa periódica reforzó su impacto con el fotoperiodismo. Sirva de ejemplo el semanario parisiense *Vu* y sus réplicas españolas *Estampa*, *Crónica* y *Mundo Gráfico*, hasta alcanzar el cénit con el semanario norteamericano *Life*, que en 1936 propició la lectura interclasista. Su fundador, Henry R. Luce, lo describía así: «La misión de ver el mundo; dar fe de los grandes acontecimientos; observar los rostros de los humildes y los gestos de los soberbios; examinar cosas raras; máquinas, ejércitos, multitudes, los misterios de la Luna; las obras del hombre; sus pinturas, carteles y descubrimientos; ver cosas que suceden a miles de kilómetros de distancia, cosas escondidas tras los muros y en el interior de las habitaciones; cosas peligrosas de captar; las mujeres que aman los hombres; ver y complacerse; ver y maravillarse; ver e instruirse».

Los semanarios y diarios gráficos de finales de los veinte y treinta condensan, por tanto, todos los géneros del periodismo actual, sea en papel, digital o televisivo. Sus páginas color sepia despliegan un amplísimo espectro temático que puede interesar a toda la familia: lo que denominamos *target*. Los precios oscilan entre los 20 y 40 céntimos (un diario costaba 10). En el sumario convive el gran reportaje de un nuevo periodismo *avant la lettre*, la crónica antológica, la divul-

gación científica, las firmas literarias con la prensa rosa o del corazón y lo que en el XVIII se llamó «cajón de sastre», en el XIX «fait divers» (sucesos), en el XX «bric-a-brac» y hoy «gente» en los periódicos o programas televisivos (en la primera etapa de TV3, el telediario cerraba con la sección «hechos y gente»: episodios paranormales, animales con habilidades casi humanas, misterios, récords Guinness, aventureros y tipos excéntricos... Lo que hogaño llamamos «frikismo» nació en las barracas de feria —el hombre elefante, la mujer barbuda—, y motivó por igual la película *Freaks* que Tod Browning estrenó en 1932 y los enanos y cretinos que aparecen en el documental *Tierra sin pan* que Luis Buñuel rodó en Las Hurdes aquel mismo año.

Los años amarillos viene a completar la mirada intrahistórica sobre la España años treinta que se inició con *Un país en crisis* (2018), antología de crónicas a la que siguió *Mujeres en primera plana* (2020), centrada en el protagonismo femenino en un periodo histórico capaz de conjugar el esfuerzo constructivo con la destrucción total de lo edificado.

Si el criterio de *Un país en crisis* fue demostrar, negro sobre blanco, la calidad y modernidad del periodismo español con una veintena de crónicas memorables, y *Mujeres en primera plana* desveló la ascensión social y mediática de una generación femenina debelada luego por el vendaval de la guerra civil hasta, salvo alguna excepción, padecer la segunda muerte del olvido, el presente volumen rinde tributo al periodismo popular. Reunidas las tres antologías auscultaremos, liberados de lastres ideológicos, cómo palpitaba España entre las exposiciones de 1929 y la tragedia de 1936.

En el reporterismo popular, recuerda Braulio Solsona en sus memorias, se escribía pensando en las lecturas folletinescas de las porterías. Las porteras, apunta el periodista, «eran el único elemento informativo válido con que podían contar los redactores de sucesos». Como no hay hechos sino interpretaciones, subrayó Nietzsche, ante la multiplicidad de «testimonios presenciales», el reportero acudía a la portera, «único personaje capaz de dar detalles, concretos y veraces».

Si lo comparamos con el ambicioso inventario de *Life*, no hallaremos grandes acontecimientos, pero sí asuntos escondidos tras los muros o en el interior de las habitaciones, episodios del «vivir peligroso», ambientes inquietantes, personajes prodigiosos –al menos en apariencia–, la picaresca de siempre, crónicas de sucesos y esas historias «de interés humano» de toda la vida que complacerían a Fellini o Berlanga. ¿Periodismo amarillo? Puede ser, pero ineludible para conocer a la mayoría lectora: las «cejas bajas» de la clasificación británica. ¿Caviar o huevos fritos? Ambas opciones son deliciosas si se degustan en el contexto adecuado. Y estos periodistas escriben muy bien.

Cultura popular expresada por los mejores de su generación; algunos ya formaron parte de las anteriores antologías y otros se incorporan a esta tercera entrega: Luis y Antonio González de Linares, Magda Donato, Vicente y Javier Sánchez Ocaña, Irene Polo, Mario Aguilar, Ignacio Carral, Ana María Martínez-Sagi, Francisco Madrid, Pedro Martín Puente, Federico Ribas Montenegro, Fernando de la Milla, José R. Ramos...

Datadas hace casi un siglo, sus historias podrían estar sucediendo ahora mismo, como ya hemos apuntado. Tráfico fronterizo, combates ilegales de animales, gente azotada por la crisis económica que rebusca en los desperdicios o vende su sangre (¿recuerdan los reportajes de *Callejeros*?); algún caso paranormal que interesaría al profesor Jiménez del Oso, a Íker Jiménez para su *Cuarto milenio* o a la revista *Pronto* (en los años 80, la más vendida de España junto con *Interviú*, 800 000 ejemplares).

Aparecen galenos con remedios milagrosos para todo tipo de enfermedades, como los que padecemos en el bienio negro de la pandemia de la COVID-19; y algún crimen célebre que, años después, fue reconstruido en la magnífica serie de sucesos *La huella del crimen*.

Rescatamos de la hemeroteca escándalos de corrupción para obtener favores espurios de partidos políticos a cambio de comisiones (¿nos suena?); videntes de los que siempre hemos andado sobra-

dos (¿hace falta dar nombres?); los primeros casos de transexualidad (hoy, trifulcas legislativas de la ley trans); suicidios tempranos (por desgracia, las estadísticas siguen al alza), e historias que podría haber escrito Frank Capra para sus películas de esperanza en la condición humana.

Lejos de seguir la línea recta de la perfección que patrocinaba Hegel, nuestras sociedades experimentan el eterno retorno que las devuelve a la –tribal– casilla de partida.

Lo decía, también, Nietzsche; y Camus, al evocar el mito de aquel Sísifo condenado por los dioses a empujar una voluminosa roca hasta la cima de la montaña para que ésta vuelva a caer y repetir la penosa ascensión. Ésa es, al cabo, la misión del periodismo: describir una y otra vez lo que no tiene remedio; intentar que la aciaga crónica de una jornada no vuelva a repetirse.

Pero la Historia se repite, y la humanidad no aprende. Además de descubrir la excelencia periodística y desvelar los bastidores de un tiempo y un país, estas antologías de los años treinta pretenden vacunar con humildad la soberbia de quienes creen que la época que les ha tocado vivir es, en lo bueno y en lo malo, única e insuperable.

Nihil novum sub sole, advertía el clásico latino. Adentrémonos en las páginas que siguen y entenderemos por qué.

Sergi Doria Alburquerque
Barcelona, julio de 2022

**AMBIENTES
INQUIETANTES**

Aquí acompañamos a Vicente Sánchez Ocaña al documentar las idas y venidas de las señoras contrabandistas por el puente de Behobia en la frontera de Francia y España. Son «la señorita de los geranios» o la «del constipado», expertas en no declarar en la aduana sus mercancías de contrabando.

O seguimos el periplo de Luis G. de Linares por la aldea de Cervera de Buitrago, en las estribaciones de Somosierra; sus habitantes, además de soportar una vida de penurias, comparten la monstruosa tara de tener seis dedos en las manos.

La cartografía siniestra incluye una visita a la casucha de Casimiro Muncio, el verdugo de Madrid, a poca distancia del cementerio de la Almudena, con su hijo y su mujer. Como el verdugo que encarnó Pepe Isbert en la película homónima de Berlanga, Muncio no gozó nunca de amistades. De hecho, el único amigo y compadre que compartía con él interminables partidas de tute acababa de morir hacía poco cuando el reportero de *Crónica*, Rafael Martínez Gandía, conversa con él en abril de 1934. El verdugo dejó de trabajar cuando la República abolió la pena de muerte, pero, volviendo a la película, mantiene las herramientas del garrote preparadas, por si la Justicia vuelve a precisar de sus servicios... Conozcámoslo.

Asistimos con Juan de Gredos a las peleas de gallos, un espectáculo sangriento y ancestral que trajeron los filipinos a España en el que un gallo batallador de raza puede costar hasta mil duros de los años treinta.

Especialista en submundos, Luis G. de Linares se sumerge en el alcantarillado de los paraísos artificiales en Madrid para conversar con las personas adictas a la cocaína, popularmente «la cocó», alter-

nar con morfinómanos y visitar un fumadero de opio en versión madrileña que regenta un chino llamado Tchao-Tso-Le.

Cuando la miseria se extiende por la crisis derivada del *crack* del 29 (que ya afecta a la economía española), quienes van cortos de bolsillo llaman a la puerta de los establecimientos de compra, venta y almoneda, conocidos popularmente como «casas de empeño». La intrépida Irene Polo asciende por la oscura y triste escalera de La Oriental para conocer por dentro ese mundo triste y pintoresco.

«Cuando no hay harina, todo es mohína», reza el dicho castellano. Y por el contorno de la madrileña plaza de la Cebada pululan las «desecheras», dispuestas a aprovechar los desperdicios alimentarios: las frutas y verduras que caen al adoquinado durante la carga de los camiones, o la fruta picada que los vendedores apartan; las «piqueras» la revenden a una clientela que prioriza la lucha contra el hambre sobre las consideraciones estéticas.

Otra posibilidad de mantener el tipo cuando no hay parné es comerciar con la propia sangre. El veterano periodista Mario Aguilar se interesa por la transacción del plasma en lo que denomina «la industrialización del romanticismo». Aquel verano de 1930, Aguilar distribuye sus crónicas sensacionales entre *Estampa* e *Imatges*. En este semanario catalán publica el 25 de junio un artículo basado en el libro de Alardo Prats *Tres noches con los endemoniados*, truculento reportaje sobre las romerías a la ermita de la Virgen de la Balma, en el Maestrazgo; allí, los exorcismos se combinan con las expansiones eróticas de quienes arriban en romería a ese paraje de la España negra y profunda.

Ignacio Carral viaja a Marsella para infiltrarse entre los apaches que acaparan el delito en la ciudad portuaria. «De los dos mil bares de Marsella, doscientos cincuenta, por lo menos, son refugios de asesinos y ladrones, y otros trescientos sospechosos de serlo», le explica un abogado. Los muelles marseleses marcan el kilómetro cero del tráfico internacional del opio que viene de Oriente y que se transformará en los laboratorios de Occidente. El periodista sego-

viano convive con la canalla y satisface a los ávidos lectores del periódico *Ahora* con una serie de cinco reportajes trufados con aportaciones de algunos testigos, abogados y policías.

Para ambiente inquietante, la cárcel de mujeres en la madrileña calle Quiñones, donde ingresa Magda Donato, maestra del periodismo de infiltración medio siglo antes de que Wallraff escribiera *Cabeza de turco*. Como ya hizo en sus memorables crónicas de camuflaje en el manicomio de Madrid y los comedores sociales, la periodista, disfrazada con un traje raído, un «velo horrible» y flequillo postizo, apaña con un viejo amigo abogado la denuncia falsa que la ha de llevar entre rejas el 6 de junio de 1933, con el nombre falso de María León García. Un mes después el reportaje ve la luz en las páginas de *Ahora*: ocho capítulos que le pueden acarrear problemas con la justicia. En la presentación de la serie de reportajes carcelarios, la reportera adjunta una «carta abierta» dirigida al juez municipal del distrito de La Latina, en la que se disculpa por la suplantación de personalidad (falsificar la identidad en un documento público estaba penado con dos años de prisión). Si no hubiera recurrido a ese *modus operandi*, argumenta Donato, sus lectores dudarían de la autenticidad de experiencia como reclusa. Parece ser que convenció al juez.

Los años treinta son los de la hegemonía del sindicalismo anarquista de una CNT-FAI que ya va por el millón de afiliados. Su facción más violenta se congrega en un café del Paralelo barcelonés que preside un retrato de Francisco Ferrer Guardia, el fundador de la Escuela Moderna, fusilado en 1909 como presunto ideólogo de la Semana Trágica.

En el establecimiento, poco recomendable para la «gente de orden» y que luce el irónico rótulo de «La Tranquilidad», se rifan pistolas Star. En sólo veintidós días han sido detenidos más de doscientos anarquistas, y un anuncio pegado al cristal pide dinero «a favor de los presos sociales». Luis G. de Linares comprueba en su crónica de *Estampa* si los parroquianos de La Tranquilidad son tan fieros como los pintan.

La atlética reportera Ana María Martínez-Sagi acude al número 43 de la calle Francisco Giner, en el barrio barcelonés de Gracia. Es la «casa embrujada» donde la lámpara y los muebles bailan, se para el reloj, los objetos de la vitrina se desparraman y los cuadros se descuelgan solos y caen al suelo. El *poltergeist* de la familia Montroig podría haber inspirado a H. G. Wells o a un Tobe Hooper *avant la lettre*.

La fiebre de los duendes se extiende, cual mancha de aceite, por la piel de toro. *Mundo Gráfico* se hace eco de dos casos más: una aparición en Barcelona, el «fantasma blanco» de la calle Agullers, y el duende de la toledana Sonseca, que hace diabluras en la despensa e intenta envenenar a unos vecinos de la calle de la Parra, 5. Treinta años antes de las «caras de Bélmez», la factoría parapsicológica ya funciona a todo trapo...

LAS SEÑORAS CONTRABANDISTAS

Los encantos de la bella Francia

En el mes de enero pasan cada día el puente de Behobia que, como se sabe, separa a España de Francia, poco más de cien automóviles. Cada día del mes de agosto lo atraviesan mil.

El país vasco francés es bello. Hay verdes prados, hay riachuelos, hay el mar –dorado en el crepúsculo por los rayos de sol–, hay «treinta y cuarenta»... Es muy bonito. De verdad: muy bonito. Pero ¿solamente por contemplar sus encantos naturales pasan el puente de Behobia tantos viajeros en el verano?

Eso les preguntaba yo el pasado agosto a unos funcionarios de la aduana de Behobia: al administrador, D. Miguel Alba; al «vista», D. Luis Arregui y al auxiliar «vista», D. José María Blanc.

Los señores Alba, Arregui y Blanc, que son unas personas finas y discretas, sonreían, eludiendo una respuesta terminante.

–Francia –indicó el señor Alba– tiene hermosos comercios.

–Muy bien abastecidos –declaró el señor Arregui.

El señor Blanc me señaló, a unos metros del puente, una de las primeras casas de Hendaya.

–Mire usted, allí mismo hay uno; la sucursal de unos grandes almacenes de París.

Contemplé la casa: bajita, una especie de barraca, resguardada por anchos toldos. A la puerta, iba, poco a poco, formándose una larga cola de automóviles.

—Es curioso —observé—; los automóviles españoles se van parando allí.

—Sí —confirmó el señor Alba—, se paran allí.

—Y los viajeros hacen compras, claro...

—Claro, hacen compras.

—Y luego vuelven a España, naturalmente.

—Naturalmente, vuelven a España.

—Y declaran en la aduana lo que han comprado, por supuesto...

—Sí... Muchos, sí... Lo declaran...

El automóvil-perfumería

Pero a algunos se les olvida hacer la declaración. Gentes meticulosas que hay. Gentes que guardan tan cuidadosamente las compras, en sitios tan ignotos y tan incongruentes, que acaban por no acordarse de ellas.

El año pasado, por ejemplo, llegó a Behobia un automóvil en el que iban dos señoras.

—¿Llevan algo? —les preguntaron.

—Nada.

El empleado, como Hamlet, era un hombre atormentado por la duda. Es muy frecuente eso entre los de aduanas. Pero, claro, le llevan a Hamlet la ventaja de que tienen a los carabineros. Con los carabineros se sale de dudas en un momento.

De ellos echó mano el empleado de esta historia.

Se hizo apearse a las dos damas, se registró el coche, y tras los asientos descubrieron unas docenas de tarros de perfumes.

Los maridos contra el contrabando

Otra vez, el año pasado también, llegó otra señora con su marido.

—Nada —declararon los dos a un tiempo.

El caballero llevaba al brazo un largo abrigo de verano.

—¿Permite usted? —pidió el funcionario.

El caballero le tendió el abrigo, vivamente. Al movimiento, un leve envoltorio de papel de seda cayó al suelo. Lo deshicieron. Eran unos pares de medias.

—Creímos —decía la persona que me contaba este episodio— que al pobre señor le iba a dar un accidente. Se puso pálido. Luego, rojo. No fingía, no. Era de veras un hombre desconcertado, lleno de confusión y vergüenza. Más tarde supimos lo que había ocurrido: que la señora le había deslizado en el bolsillo las medias, sin que él lo notara. El pobre señor iba a hacer contrabando sin saberlo y sin quererlo.

Pero hay maridos que toman medidas contra los proyectos defraudatorios de sus esposas, y les hacen, quieras que no, presentar las compras en la aduana.

—Hace poco —me decía otro de los funcionarios de Behobia— se presentó un matrimonio que venía de Francia. La señora iba refunfuñando, mientras el marido la empujaba hacia el sitio donde estábamos haciendo la inspección.

—¡Este sombrero! —nos gritó él, antes de que preguntáramos nada, señalando el sombrero de su mujer.

Ella se revolvió iracunda.

—Es el sombrero que llevo puesto. ¡No voy a ir con la cabeza descubierta!

—Sí. Pero lo acabamos de comprar —insistió el marido.

—¡No debe pagar! —le chilló ella.

—¡Debe pagar! —vociferó él.

—¡No es justo!

—¡Sí es justo!

Tuvimos que intervenir nosotros para poner paz.

Los geranios y el constipado

Otras dos damas populares en Behobia son «la señora de los geranios» y «la señorita del constipado».

La señora de los geranios era una dama que pasaba de cuando en cuando por la aduana, en un hermoso automóvil, llevando sobre el halda una gran maceta de geranios.

—Nada —decía sonriéndole con aire protector al empleado—; nada más que esto.

Y mostraba la maceta.

El empleado sonreía, también, cortésmente.

—Hermosas flores, señora.

—Me gustan mucho —confesaba la dama.

Y el coche seguía España adelante.

Siguió un día... Dos días... Tres días... Veinte días... Pero una tarde, no se sabe por qué, el empleado tuvo lo que se puede llamar un mal pensamiento.

Y, como siempre, indicó la maceta.

Pero el empleado no contestó como habitualmente: «¡Hermosas flores!», sino que tendió la mano y dijo:

—¿Me permite verla?

—¿Verla? —repitió la señora, apretando la maceta contra su seno, tan escandalizada como si le hubieran propuesto una inmoralidad—. ¿Verla?

—Sí, señora, verla. Reconocerla...

—¿Verla...? ¿Verla...? ¿Ha dicho usted «verla»...? ¿Tiene usted valor para decir que quiere verla...?

Centelleaban sus ojos, y su cabeza se alzaba, en actitud imprecatoria. Estaba espléndida, majestuosa, defendiendo su maceta de aquellos esbirros insolentes.

Tuvieron que quitársela. Y se vio que bajo una delgada capa de tierra albergaba cuatro botellas de *champagne*.

La señorita del constipado no parecía estar constipada, ni mucho menos, la mañana que pasó por la aduana camino de Francia. Cuentan los carabineros que la vieron aquel día, que desde que Eva, bajo el manzano, puso al desgraciado Adán en la precisión de empezar a pagar cuentas de modistos, nunca se ha mostrado sobre la Tierra mujer alguna tan... aliviada de ropa como aquélla.

Cuando a la tarde reapareció, ¿quién la conocía? Iba como hin- chada, caminando pesadamente, embutida en un abrigo de pieles, la cara congestionada, sudando a chorros...

La «matrona», mujer encargada de examinar a las señoras sos- pechosas de hacer contrabando, se acercó enseguida a reconocerla.

—Nada —le aseguró la viajera—. No llevo nada más que lo puesto.

«Lo puesto» resultó que era: tres pares de medias, dos juegos de ropa interior, dos vestidos de seda, una docena de pañuelos de seda, dos pares de guantes, un abrigo de verano, el de pieles y el sombre- ro y los zapatos. Todo recién estrenado.

Cuando se la hizo comprender que aquel *trousseau* era un poco excesivo para circular en una tarde de junio por una carretera per- teneciente al hemisferio boreal, la joven protestó vivamente:

—¡Estoy constipada! ¿Es que le van a negar a una el derecho a abrigarse cuando tiene un constipado...? ¡Estoy constipada!

Y promovió una chillería espantosa.

Los colegiales sin gorras

No vayan a creer ustedes que si cuento solamente las hazañas de contrabandistas femeninos es por capricho. Es que los contraban- distas varones son mucho menos abundantes. Hay algunos, claro. Hay, entre otros casos próximos, el del director de un colegio que todas las tardes sacaba de paseo a sus alumnos por el camino de Fran- cia. Los llevaba muy bien formados, muy seriecitos, en dos filas, flan- queados por los inspectores y él en la retaguardia, presidiendo con su hongo, su bastón y sus barbas, grave, solemne.

Al pasar por delante de la aduana, saludaba familiarmente.

—Hasta luego.

—Hasta luego —le contestaban los empleados.

Y el cortejo se alejaba hacia Francia.

Nada en él llamaba la atención, si se exceptúa un detalle: que los alumnos llevaban la cabeza descubierta. Pero como ahora es fre-

cuenta que los muchachos vayan a ratos destocados, la cosa no chocaba excesivamente.

Al oscurecer, cuando volvían, todos traían las gorras puestas. Lo cual también parecía natural: al oscurecer, en el norte, hace demasiado fresco.

Un anochecer, sin embargo, alguien de la aduana tuvo una veleidat intempestiva: se dedicó a ir examinando las gorras de los colegiales.

Y resultó que todas, absolutamente todas, daba la casualidad de que eran nuevecitas, flamantes.

Aquella tarde, pese a los lastimeros clamores del señor director, los colegiales concluyeron el paseo a pelo, y ya nunca más pudieron gozar de las excursiones internacionales.

El contrabando, vicio ruinoso

Alguna otra aventura de caballeros contrabandistas podría contarse. Pero se pueden contar muchas más de señoras. Ésta es la verdad. Según todos los testimonios, los hombres están muy lejos de poseer la decisión, el ingenio y la valentía de las mujeres para eso de... de... de incrementar las importaciones eludiendo las trabas fiscales.

Esta manera galante de indicar una acción que gentes menos consideradas que nosotros llaman «meter matute» hará comprender que no nos sentimos inclinados a constituirnos en fiscales de esas adorables señoras. ¡Dios nos libre! Al fin y al cabo, el contrabando—como ha dicho no recuerdo qué penalista— es un delito que no es pecado.

Lo triste es que, practicándolo, esas pobres señoras se arruinan. Esto lo ha hecho notar Fernández Flórez. Y tiene razón. Los perfumes, los jabones, las medias, los pañolitos de seda, los tarritos de cristal...; todas esas cosas que las sencillas damas adquieren en Hendaya, en Biarritz y en Bayona, les cuestan allí lo mismo que cuestan en

un comercio en España. Con los gastos de transporte y la tasa de lujo les salen mucho más caras que si las compraran tranquilamente en San Sebastián o en Irún. Si además tienen que pagar derechos en la aduana, resulta que ir de tiendas a Francia es un vicio más oneroso que la ruleta.

Vicente Sánchez-Ocaña
Estampa, 4 de diciembre de 1928